

XXIII Jornada Mundial del Enfermo
Memoria de Nuestra Señora de Lourdes
Residencia Teresa Jornet, 11 de febrero de 2015

1Re 8,22-23.27-30; Sal 83, 3-5.10-11; Mc 7, 1-13

Queridísimo Mons. Oder, queridos Sacerdotes, Hermanitas de los Ancianos Desamparados y Religiosas presentes, Marisol, amigos de la Pastoral de la Salud que me ayudáis en esta misión de la Iglesia de llevar a las personas que sufren el consuelo y la esperanza de Jesús, queridos ancianos de esta Residencia, presentes en la Capilla o que me estáis escuchando desde vuestras habitaciones con vuestros cuidadores y familiares.

En esta campaña del Enfermo el Papa Francisco nos hace esta propuesta: *ser los ojos del ciego, ser del cojo los pies, desde la sabiduría del corazón*. Evidentemente este es un don que recibimos de Dios, un fruto espiritual de esta Jornada.

Empezando por la “sabiduría del corazón”, resuenan en mi interior las palabras de saludo de Juan Pablo II en el Lienzo Norte: «He venido a Ávila a adorar la Sabiduría de Dios. Al final del IV Centenario de la muerte de Santa Teresa, hija singularmente amada de la Sabiduría divina, ella es arroyo que lleva a la fuente, resplandor que conduce a la luz y su luz es Cristo, el Maestro de la Sabiduría» (1/11/1982).

Hace unos días el Evangelio nos presentaba a Jesús en su tierra enseñando en la Sinagoga. Los que lo oían se preguntaban: «¿Qué sabiduría es esa que le han enseñado?» (Mc 6,1-6). Jesús mismo es la Sabiduría, la Sabiduría del Hijo de Dios. ¿Cómo identificar en nuestras actitudes la sabiduría del corazón? Esta es la señal: «La Sabiduría que viene de arriba es ante todo pura y, además es amante de la paz, comprensiva, dócil, llena de misericordia y buenas obras, constante, sincera» (St 3,17-18).

Esta Sabiduría es una gracia de Dios, que hemos de pedir al Espíritu Santo para comprender las enseñanzas de Jesús; para reconocerle en los enfermos, en los ancianos y en los pobres, y para después amarle y servirle. Por ello el apóstol Santiago nos dice «que viene de arriba» (St 3,17). En la carta a los Hebreos el apóstol advierte: «Conservad el amor fraterno y no olvidéis la hospitalidad: por ella algunos, sin saberlo, hospedaron a ángeles» (Hb 13, 1-2). Jesús nos dijo algo más: «Cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis» (Mt 25,40). La sabiduría del corazón hace posible que seamos *los ojos del ciego y del cojo los pies* acogiendo, amando, acompañando a los enfermos en el lugar en el que Dios nos ha designado.

«Escucha la súplica de tu siervo y de tu pueblo Israel, escucha tú desde la morada del cielo» (1 Re 8,30). Es la súplica del rey Salomón, quien, después de reconocer la grandeza de Dios y su presencia le ruega insistentemente que escuche su oración, como rey de Israel, y la de su pueblo. ¡Cuántas veces le pedimos a Dios que escuche el clamor de tantas personas que sabemos que sufren intensamente porque están pasando por situaciones de especial dificultad en su cuerpo, en su alma, en su familia, en su país! ¡Cuánto dolor! ¡Cuánto sufrimiento que Dios siempre escucha! Cuando Moisés se encontró con Dios en el Monte Horeb el Señor le dijo: «He visto la opresión de mi pueblo, he oído sus quejas, me he fijado en sus sufrimientos. Voy a bajar a liberarlos» (Ex 3,7-8). También Jesús, el Hijo de Dios siempre nos escucha. Cuando los enfermos sabían que por aquel lugar iba a pasar Jesús, salían a su encuentro y le pedían: «Jesús, Hijo de David, ten compasión de mi» (Lc 18,38); «Si tú quieres puedes curarme» (Mc 1,40); «Jesús curó a muchos enfermos, que sufrían de diversos males, y expulsó a muchos demonios» (Mc 1,29-39).

«Dichosos los que encuentran en ti su fuerza», hemos recitado en el salmo. Ante cualquier situación que nos cause sufrimiento la enfermedad, la discapacidad, la ancianidad, situaciones

familiares o personales difíciles, nuestros propios pecados, *tenemos un lugar*, la Casa de Dios para orar presentando nuestra súplica; *tenemos una persona*, Jesucristo Palabra del Padre que nos ofrece salud y salvación; *tenemos una familia*, la Iglesia con la que caminar como peregrinos hacia la Jerusalén celestial, nuestra morada definitiva. La Morada de Dios es también la Eucaristía en la que adoramos y recibimos la fuerza para el camino. Por eso, podemos decir con el salmista: «Dichoso el hombre que confía en ti» (Sal 83,13)

Santa Teresa es una verdadera maestra del sufrimiento. Decía de ella San Juan Pablo II en su primera visita a España: «Las maravillosas enseñanzas de Santa Teresa conectan perfectamente con los anhelos de nuestro siglo. Yo mismo lo pude comprobar, cuando en circunstancias difíciles de mis años juveniles me acerqué al magisterio de Teresa y Juan de la Cruz. Y no es menor prodigio que tal aventura se haya cumplido en una mujer acosada por las enfermedades, siempre alegre, enemiga de artificialidades, sencilla, genuina».

Para confirmar las palabras del Santo Padre basta con recordar algunas de sus enseñanzas: «De cosas corporales de enfermedades no se aflija mucho. Ya sabe que si ha de gozar del crucificado, ha de pasar cruz; que en esto no es menester que se lo pida..., que a los que Su Majestad ama, llévalos como a su Hijo» (Cta. 235,11). «En la cruz está la vida y el consuelo, y ella sola es el camino para el cielo» (P 8). «Si consideramos el camino que Su Majestad tuvo en esta vida y todos los que sabemos que gozan de su reino, (los santos) no habrá cosa que más nos alegre que el padecer, ni la debe haber más segura para asegurar que vamos bien en el servicio de Dios» (Cta. 298.5). Con Santa Teresa nos hará bien saber que necesitamos *mirar al que traspasaron*. A los Israelitas les curaba de sus pecados y de sus mordeduras la mirada a la serpiente de bronce; a nosotros los cristianos nos cura y da vida la mirada al Hijo del Hombre en la Cruz.

«¿Por qué comen tus discípulos con manos impuras y no siguen la tradición de los mayores?» (Mc 7,5). En el Mensaje del Papa Francisco hemos podido leer: «Sabiduría del corazón es ser solidario con el hermano sin juzgarlo». Pues bien, aquel grupo de fariseos y publicanos que observaban a los discípulos de Jesús y les criticaban, tuvieron que escuchar palabras fuertes por parte de Jesús: «vosotros, hipócritas» (Mc 7,6). Nosotros también podemos correr el peligro de perder la centralidad de Cristo en nuestra vida para poner nuestra atención en cosas de menor importancia: “las tradiciones de los hombres”, “esto siempre se hizo así”. No nos interesa tanto el Mandamiento de Jesús “amaos unos a otros”, “permaneced en la unidad”, “honrar a vuestros padres”, sino que nos contentamos con la “ofrenda al templo”, vacía de contenido. Podría parecernos suficiente “parecer” bueno, caritativo, y descuidar el “ser” auténticos discípulos de Jesús. ¿Qué les faltó a aquellos fariseos y publicanos? Tener la sabiduría del corazón para mirar a los discípulos de Jesús con un corazón nuevo. Mirar con la mirada de Jesús para ver con claridad que no son “las prácticas vacías” lo que nos salva, sino la fe en Jesucristo que nos lleva al amor y al servicio.

Papa Francisco en su exhortación *Evangelii Gaudium* nos recuerda que: «Necesitamos una mirada contemplativa, esto es, una mirada de fe que descubra al Dios que habita en los hogares, en las calles, en las plazas. La presencia de Dios acompaña las búsquedas sinceras que personas y grupos realizan para encontrar apoyo y sentido a sus vidas» (EG 71). «La mirada de la Iglesia y de sus agentes pastorales tiene que ser la mirada de Jesús. La Iglesia necesita la mirada cercana para contemplar, conmoverse y detenerse ante el otro cuantas veces sea necesario» (EG 169). *Podemos, debemos y queremos* hacer presente la fragancia de la presencia de Jesús y su mirada personal a cada persona que sufre. La Iglesia nos ofrece esta posibilidad en el arte del “acompañamiento”.

Que como Santa Teresa de Jesús seamos el arroyo que lleva a la Fuente, el resplandor que conduce a la Luz, cuya Luz es Cristo, el Maestro de la Sabiduría.

Que María, Sede de la Sabiduría y Madre de todos los que sufren, nos ayude en la misión que la Iglesia nos confía, e interceda ante el Señor por todos los enfermos, los ancianos, los pobres, los niños, sus familiares y cuantos les cuidan como profesionales sanitarios o como voluntarios, para que todos alcancemos la *sabiduría que viene de arriba, la sabiduría del corazón*. Así sea.